

El orden internacional en un mundo incierto

Edmundo Hernández-Vela S.*

Resumen

Aunque el orden internacional ha sido una de las constantes de la historia mundial, en sus diferentes concepciones, formas y aplicaciones, en los dos últimos siglos ha llegado a convertirse en una preocupación significativa permanente para la sociedad internacional. La sociedad mundial se distingue por la desigualdad, el atraso, la injusticia y la falta de oportunidades, materializados en la pobreza y la exclusión, y todas las consecuencias que de estas se derivan, padecidas por la mayoría de la población del planeta.

El orden internacional cada vez es más complejo, por la multiplicidad de elementos que lo integran, pero su naturaleza sigue siendo simple: la del hombre y del dominio del hombre por el hombre. Tal vez por ello la sociedad internacional se caracteriza principalmente por sus atributos materiales, producidos por prodigiosos avances científicos y tecnológicos, y la mundialización de sus efectos y repercusiones, a los que el hombre no ha podido asimilar ni corresponder en términos humanísticos.

El autor afirma que la sociedad internacional requiere de una más vigorosa y eficiente organización mundial, pero que también sea más democrática y plural para encaminarla hacia la construcción de una sociedad más igualitaria, justa y avanzada.

Ni las superpotencias ni los países ricos están dispuestos a despojarse espontáneamente de sus altas inversiones y privilegios. Por ello los demás países deben convertirse en verdaderos protagonistas para influir y modificar el actual sistema internacional.

El orden mundial contemporáneo

El Congreso de Viena de 1814-1815; las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907; la Conferencia de Versalles de 1919; y las Conferencias de Yalta y San Francisco de 1945, constituyen momentos culminantes del desarrollo de la organización in-

* Internacionalista, fundador y ex director del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Presidente de la Sociedad Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.

Abstract

Although the international order has been one of the constant feature of the worldwide history, in its several conceptions, forms and applications, in the two last centuries, it has become in a significant permanent concern for the international society. The worldwide society is distinguished for the inequality, the backwardness, the injustice and the lacking of opportunities. All this has been materialized in the poverty and the exclusion, and all the consequences that are derived and suffered by the majority of the population of the planet.

Each time, the international order is more complex, because of the multiplicity of elements that compose it, but its nature is still simple: the domain of man by man. Perhaps that is why the international society is characterized mainly by its material attributes, produced by prodigious scientific and technological advances, and the globalization of its effects and repercussions. By this time, man have not been able to assimilate nor correspond them in humanistic terms.

The author claims that the international society requires a more vigorous and efficient worldwide organization, but more democratic and plural in order to guide it toward the construction of a more advanced, equal and just society. Neither the superpowers nor the rich countries are willing to give up, spontaneously, their privileges. Thus, the rest of the countries should become into real actors in order to influence and modify the current international system.

ternacional, como andamiaje político-estructural de la sociedad internacional contemporánea, a través de los cuales fue extendiéndose de la esfera regional, eminentemente europea, hacia prácticamente todos los confines del orbe.

El sistema bipolar y de bloques o el balance de poder de la inseguridad internacional a la seguridad incierta

El orden mundial contemporáneo fue herencia de la

Segunda Guerra Mundial y aunque se empezó a fraguar desde los inicios de la contienda a través de numerosos encuentros de alto nivel, muchos de ellos entre los principales dirigentes de las *potencias aliadas*, en los que se trataron los diversos aspectos de todas las cuestiones relativas a la guerra misma, al tiempo que se adentraban en el diseño de lo que sería la segunda postguerra, es indudable que las bases y principales directrices del orden político mundial fueron establecidas en Yalta¹ por Estados Unidos y Unión Soviética, las dos únicas superpotencias, con alguna colaboración de Reino Unido, asistiendo a la primera.

No obstante, la configuración política binaria del nuevo sistema mundial no fue planeada, aunque sí se pudo prever, pues estaba claro que a partir de la experiencia soviética y de la creciente inconformidad con el capitalismo, el avance del socialismo había sido patente en el periodo de entre guerras, y que éste se fue acentuando y definiendo durante la conflagración mundial, a la par del creciente papel desempeñado por Unión Soviética y sus decisivos triunfos militares, por lo que no había elementos que indujeran a pensar, ni era lógico esperar, que al arribo de la paz hubiera una reconciliación espontánea entre el socialismo y el capitalismo, como dos formas antagónicas de concebir y organizar la vida, ni tampoco entre sus representantes y propulsores.

Es indudable que los arquitectos fundamentales del orden de la postguerra, Stalin y Roosevelt, hicieron gala de mutua comprensión y tolerancia a lo largo de las complejas y difíciles discusiones y negociaciones que tuvieron lugar durante sus numerosos encuentros celebrados en plena guerra; pero también lo es el que así lo requerían su condición de líderes de las *potencias aliadas* y la obligada coordinación y máxima eficacia de sus esfuerzos militares contra las *potencias del eje*.

Cualquier deducción en el sentido de que dicha actitud también los llevaba a un acercamiento ideológico, y hasta a pactar un nuevo sistema ideológico-político, es totalmente infundada, ya que era notorio que cada dirigente estaba convencido de la necesidad de encaminar al mundo de la postguerra a un

sistema que correspondiera a sus propias concepciones, perspectivas, intereses y potencialidades.

La segunda postguerra también ha tenido varias etapas, que se fueron desarrollando progresivamente:

La inmediata postguerra, en la que la instauración formal del sistema bipolar y de bloques toma vigencia. En este corto lapso, conforme Estados Unidos y Unión Soviética asimilaban e implantaban los arreglos acordados, al hacer los últimos ajustes de cuentas tomaban conciencia de las enormes discrepancias existentes entre los respectivos intereses y métodos o vías para lograr sus objetivos. Es el momento en el que ambas superpotencias (*bipolaridad*), tratando de mantener, consolidar y asegurar sus respectivas posiciones geopolíticas estratégicas alcanzadas en la guerra o gracias a ella, dieron los toques decisivos a la configuración de sus respectivos *bloques* ideológicos, que más tarde se institucionalizarían, delimitando con ello sus respectivas zonas de influencia.

La *Guerra Fría*, más que metafórica referencia al ambiente o atmósfera glacial, de desconfianza, incomunicación y paranoia mutuas, que configuraba el balance de poder en un clima de elevada *inseguridad internacional*, que caracterizó a la pugna ideológico-política entre el Este y el Oeste, que se instaló brusca, densa y ominosamente en todo el planeta, persistiendo por casi tres decenios, que prevaleció durante los momentos más riesgosos de la entonces desbocada rivalidad entre Estados Unidos y Unión Soviética, como hegemonías de los mundos capitalista y socialista, respectivamente, entre los que supuestamente había una *cortina de acero*, que sólo sería derribada cuando uno de los contendientes destruyera militarmente al otro. Sin embargo, conforme avanzaba el relajamiento de tensiones internacionales, el progresivo desmantelamiento de la *Guerra Fría* durante los años sesenta, al ir cediendo uno a uno sus elementos constitutivos, y que la llevó a su práctica extinción en el decenio siguiente, permitió que en el transcurso de los setenta y ochenta se fundiese el telón de hierro en un proceso que culminó con el derribo de lo que constituía su expresión material, el Muro de Berlín.

El relajamiento de la tensión internacional, que fue sustituyendo paulatinamente a la *Guerra Fría* a partir del inicio de la *entente hegemónica*, ocasionada por la *Crisis de los cohetes en Cuba* al poner directamente a Jruschov y Kennedy, gobernantes de Unión

¹ Raulff, Ulrich, citado por Ritter, Henning, "What's left, what's right? Un ensayo sobre el significado de estos conceptos opuestos en el umbral del siglo XXI", *Deutschland*, Frankfurt/Main, núm. 6, diciembre 1994, p. 47.

Soviética y Estados Unidos, por una cuestión que no era de su interés fundamental, frente a la disyuntiva de negociación o guerra. Ambos protagonistas, al tomar conciencia, a través del intercambio (*diplomacia epistolar*, de sus mutuas responsabilidades ante los excesivos y temibles riesgos que implicaba la *escalada*, particularmente en el aspecto armamentista, optaron por el encauzamiento de su contienda, en el mejor ánimo de la *coexistencia pacífica*, al ir dotando, primero en el plano bilateral (la *entente hegemónica*) y después en el multilateral (principalmente a través de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE)), de lo que en su conjunto significaba un marco normativo político-jurídico de complejidad y alcance crecientes, que alimentó vigorosamente la *estabilidad de la seguridad internacional*, e implicaba, junto con los naturales ajustes propios de su aplicación y la búsqueda de mayor eficacia, el sensible ablandamiento de su respectiva ortodoxia ideológica.

Al mismo tiempo, durante el decenio de los sesenta, con el auge de la descolonización, se haría patente otra división del mundo, la económico-moral, que en realidad ya existía desde la revolución industrial; pero ahora constituida por dos conjuntos o bloques de países separados por su grado de desarrollo económico: los desarrollados en el Norte y los atrasados en el Sur. En su mayoría antiguas metrópolis y colonias, respectivamente.

Esto hizo que en la sociedad internacional se imbricara la ordenación económico-moral a la ideológico-política, delimitando claramente cuatro grupos de Estados: *socialistas desarrollados*, *socialistas subdesarrollados*, *capitalistas desarrollados* y *socialistas desarrollados*; o bien: *desarrollados capitalistas*, *desarrollados socialistas*, *subdesarrollados capitalistas* y *subdesarrollados socialistas*.

Finalmente, la del *retorno a un balance de poder en un entorno de seguridad incierta*, en la *transición hacia un posible nuevo orden mundial*, iniciada con el súbito, y por lo tanto inesperado, *colapso del socialismo* y la consecuente *desintegración de Unión Soviética* y del *bloque socialista*; así como, colateralmente, la *reunificación de Alemania*; y que se caracteriza por la *desestabilización* y la *rápida erosión del régimen de seguridad internacional*, afanosamente tejido, que empezaba a singularizar a la época del *apaciguamiento internacional*.

La persistencia de las estructuras internacionales de poder o el equilibrio de poder y la seguridad incierta

A raíz de la desintegración de Unión Soviética, Rusia, como su sucesora natural, poseedora de más del 85 por ciento de las armas nucleares soviéticas y aun considerando los avances pactados y en aplicación de las *Pláticas sobre la reducción de las armas estratégicas (PRAE)*,² no sólo conserva casi intacta la capacidad disuasiva de su antecesora, sino los privilegios políticos y estratégicos mundiales que ésta entraña, y que Estados Unidos se apresuró a reconocer.

Por ello, es obvio que el desvanecimiento de la pugna ideológica entre las superpotencias, del bloque socialista y de la cuestión de Berlín, no llevó consigo el de las *estructuras internacionales de poder*, basadas esencialmente en la capacidad militar de los protagonistas; ni, por lo tanto, en sentido estricto, el de la *bipolaridad*, que renovada sigue siendo el eje de las relaciones mundiales de poder.

Así, Estados Unidos y Rusia se esfuerzan por mantener el balance de poder y, por lo tanto, de sus relaciones mutuas, en los cauces construidos penosamente en los últimos tres decenios. De esta forma, al tratar de recuperar la estabilidad y seguridad anteriores, ambas potencias no sólo buscan contener los resurgentes riesgos de una colisión mutua, y los nuevos peligros que implica la posible difusión de algunas armas de destrucción en masa, sino también las presiones de otros países avanzados para compartir su posición de predominio.

En este sentido, debemos señalar que la recuperación de la soberanía de Alemania después de 1989 y su así llamado retorno a la normalidad, contrastan con el hecho de que ambos fenómenos no han cambiado sensiblemente sus márgenes de acción,³ fuera del ámbito económico, a pesar de su reciente pretensión, en gran parte como eco de incongruentes y desafortunadas opiniones surgidas en diferentes foros, de ocupar un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, como premio a la gran riqueza económica amasada, al igual que Ja-

² Hernández-Vela S., "Las negociaciones sobre las armas estratégicas", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, año XXXVIII, núm. 152, julio-septiembre de 1993, pp. 9-31.

³ Weissmann, Karl Heinz, citado por Ritter, Henning, *idem*.

pón, al amparo de su patrocinador y protector, el hegemon capitalista, y a expensas de muchos países que no han gozado de tales privilegios y beneficios.

Rusia ya no es considerado un país enemigo y ha desaparecido la organización militar de los países socialistas: la Organización del Tratado de Varsovia (OTV), por lo que la persistencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ya no tiene sentido; sin embargo, su reorientación civil y la extensión de sus tareas relativas a la seguridad en Europa y fuera de ella, son claras maniobras de Estados Unidos tendientes a conservar, bajo su liderazgo, la permanencia y cohesión política de su principal órgano militar (sub) regional, e insistiendo en sus diferencias y separación con la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), que agrupa a todos los países de dicho continente, además de Estados Unidos y Canadá.

El conflicto del Golfo Pérsico, además de una práctica de tiro de Estados Unidos, en la que probó la eficiencia y puntería de armas ultramodernas, en su mayoría ya conocidas, significó para el hegemon capitalista un claro ejemplo de los nuevos grandes peligros que enfrenta la humanidad y que requieren estar preparados y alertas, y al mismo tiempo le permitió disuadir, más a propios que a extraños, respecto de posibles actitudes veleidosas derivadas de la falsa apreciación de que el desbalance ideológico que se empezaba a manifestar era una ocasión propicia para buscar el reacomodo en una mejor posición.

De igual manera se inscribe la búsqueda por Rusia, aparte de salvar los enormes obstáculos de su transición a una economía de mercado, de mantener, principalmente a través de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), su influencia sobre la mayoría de sus ex-Repúblicas; y, en alguna forma también con los países de Europa Oriental, cuya incorporación a la OTAN vetó en sus condiciones presentes, los cuales ya están tomando conciencia de los engaños y trampas del mundo capitalista, y en que numerosos grupos políticos de orientación socialista están despertando nuevas simpatías.

Es decir, que ambas superpotencias están tratando de recomponer, considerando los cambios estructurales ideológicos, una red de relaciones e influencias con suficiente estabilidad como para darles mayor seguridad y confianza recíprocas.

Tampoco se ha modificado la inicua partición del mundo entre naciones ricas y pobres; por el contra-

rio, el impulso avasallador del libre mercado ha significado, casi sin excepción, un empeoramiento de las condiciones de atraso, pobreza y marginalidad, así como las perspectivas de avance de los países en desarrollo que, atraídos por un espejismo de riqueza, se adentraron en el juego del neoliberalismo económico conducido por el hegemon capitalista y aplicado eficientemente, a través de la condicionalidad y el ajuste estructural, por sus agentes: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) o Banco Mundial, y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre otros.

La explotación institucionalizada del neocolonialismo, forma más eficaz, rentable y segura de imperialismo, que se implantó de manera sustituta durante la descolonización de lo que se conocería como el mundo en desarrollo, está en pleno apogeo, con la decisiva conveniencia de las oligarquías nacionales, reiterando y agudizando las condiciones de la pernicioso relación de dominio-dependencia.

Por otra parte, los países en desarrollo que fueron hábilmente inducidos al libre mercado, tampoco han recibido el trato recíproco que esperaban de los países industriales y se han enfrentado a un muro impenetrable de barreras al comercio, no tarifarias, tan novedosas y absurdas como eficaces, de las que no se escapan ni los asociados en tratados de libre comercio.

Además, la desunión de los países en desarrollo y su falta de solidaridad mutua no sólo los hacen más vulnerables, sino que limitan sus posibilidades de negociación y obtención de resultados favorables en sus tratos con los países industrializados. Mientras que éstos se ponen de acuerdo en las políticas y acciones a imponer a los otros, aquéllos han sido disuadidos de hacer lo mismo, sufren individualmente la imperiosa persuasión de sus patronos bienhechores y se administran estoicamente las recetas que aquéllos les prescriben. Así, por ejemplo, cada país negocia individualmente la reestructuración de su deuda externa con el conjunto de bancos acreedores, después de haber entregado su carta de intención, aceptando cumplir fielmente las condiciones señaladas previamente, y recibido el aval del FMI, de acuerdo con las condiciones y disposiciones establecidas unilateralmente por éstos. Los fracasos del ajuste estructural están a la vista por doquiera, a pesar de la inclusión tardía e insuficiente de algunas considera-

ciones de orden social y una profusión de informes optimistas de las organizaciones financieras multilaterales que están muy lejanos de la realidad.

El Sistema de las Naciones Unidas

Durante la Segunda Guerra Mundial se gestó la estructura y organización de lo que sería el alma institucional del nuevo orden mundial, la Organización de las Naciones Unidas, que se implantó a su término y que prevalece hasta la actualidad, no sin haber sufrido mínimas modificaciones de forma y los ajustes en su funcionamiento propios de la necesaria adaptación de la actividad cotidiana a las condiciones existentes, y que implicaron la tácita derogación de algunas disposiciones de la Carta, así como variantes interpretativas de otras, y el establecimiento en la práctica de nuevos procedimientos y actividades.

A partir de los trabajos de Dumbarton Oaks se fue configurando formalmente la estructura jurídico administrativa institucional, tomando en cuenta al delinear su organigrama los diferentes niveles y esferas de acción. Surgieron así los cinco órganos principales: la Asamblea General (AG), máximo espacio deliberativo de representación democrática; el Consejo de Seguridad (CS), pilar elitista de control político y de seguridad, al que se reservó casi exclusivamente el ejercicio de la acción, principalmente en dichas materias, y para lo cual se le adjudicaron los regímenes de solución pacífica de controversias y de mantenimiento de la paz; el Consejo Económico y Social (CES), foro de foros, por la vinculación de los organismos especializados, de desfogue de las demandas esenciales de todos los miembros de la organización en las materias correspondientes, y la búsqueda de posibles soluciones mediante la cooperación internacional; el Consejo de Administración Fiduciaria (CAF), entidad encargada de la sustitución o liquidación del régimen de Mandatos de la Sociedad de Naciones y la administración de los territorios no autónomos; la Corte Internacional de Justicia (CIJ), órgano judicial principal de las Naciones Unidas; y la Secretaría (S), sede del Secretario General (SG), el más alto funcionario administrativo de la institución.

Asimismo, por medio de un orden político jerarquizado se trató de asegurar que no habría una nue-

va guerra mundial, por lo que se procuró evitar el enfrentamiento directo de las superpotencias, Estados Unidos y Unión Soviética. Esto implicó un régimen de máxima seguridad en la cima de la sociedad internacional, materializado específicamente en la Conferencia de Yalta, en la calidad preeminente de los *Miembros permanentes* del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y su derecho exclusivo de *vetar* cualquier decisión que no les conviniera o satisficiera.

Al mismo tiempo, con las instituciones de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional (FMI), y de Ginebra, el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (AGAAC), como parte de la fallida Organización Internacional de Comercio de la Carta de la Habana, se instauró un orden económico que garantizara las condiciones de estabilidad monetaria y financiera más propicias para el comercio y los negocios mundiales, complementándose con el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y, muy especialmente, el Plan Marshall, para la canalización, en condiciones graciosas y de favor, de los vastos recursos necesarios para la pronta recuperación de los países industrializados que habían sido devastados por la guerra.

No menos importante fue la vinculación de los organismos especializados, antiguos y nuevos, a través del Consejo Económico y Social (CES), para configurar el Sistema de las Naciones Unidas, ya que con el tiempo cada uno de ellos ha sido promotor o en su seno se han desarrollado movimientos o corrientes impulsoras del orden mundial en sus correspondientes y derivados sectores o campos de acción: sanitario, alimentario, educativo, de la información, de los transportes, de las telecomunicaciones, etcétera.

Hacer el balance de la ONU implica pasar revista al estado actual del mundo al que se supone sirve. El juicio es demoledor, ya que si bajo su égida se ha preservado al planeta de la Tercera Guerra Mundial, que hubiera significado el enfrentamiento armado de las superpotencias, objetivo primordial de su creación, el resto de las finalidades de las Naciones Unidas, claramente enunciadas en el Preámbulo de su Carta constitutiva,⁴ siguen esperando su turno de rea-

⁴ ONU, *Carta de las Naciones Unidas*, Servicios de Información Pública, Naciones Unidas, Nueva York, 1974, pp. 1-2.

lización,⁵ ante la desesperación y el escepticismo de la mayoría de los pueblos del mundo:

- * Hacer prevalecer los derechos fundamentales del hombre, la dignidad y el valor de la persona humana y la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas; crear un régimen de justicia y de respeto por el derecho;
- * Promover el progreso económico y social y elevar el nivel de vida de todos los pueblos dentro de un concepto más amplio de libertad;
- * Ejercer la tolerancia y convivir en paz como buenos vecinos;
- * Mantener unidos la paz y la seguridad internacionales, y
- * Asegurar que no se use la fuerza sino en servicio del interés común.

Por eso, la ONU es foro de desahogo y caja de resonancia de las permanentes reclamaciones y lamentos de la mayoría de los países del orbe, donde se han enseñoreado, cual jinetes del apocalipsis con sus acompañantes, el hambre endémica, la pobreza extrema, la marginación y exclusión, el desempleo, la insalubridad, la guerra en casi todas sus variantes, grandes movimientos de migrantes económicos y de refugiados, la violación masiva y persistente de los derechos humanos, la extinción de incontables especies de flora y fauna, así como el pertinaz e incontenible deterioro del medio humano y el hábitat en todos sus aspectos, que junto con el armamentismo y las nuevas o recurrentes plagas que asolan permanentemente la Tierra, es tan alarmante que significa un altísimo riesgo para toda forma de vida, tanto o más que la equivalente amenaza de aniquilación por armas nucleares u otros artefactos de destrucción masiva.

Pero la culpa no es tanto de la ONU misma, como de los gobiernos de los Estados Miembros, ya que mientras unos se han servido de ella a discreción, prodigándole, a conveniencia propia, recursos, apoyo y confianza, o rechazo, recriminaciones y castigos; otros, la gran mayoría, con su ineptitud o có-

mplice tibieza y conformismo, en su propio perjuicio, han permitido desvirtuar los nobles fines de la institución.

El sistema regional

Igualmente, en la segunda postguerra, bajo el auspicio tanto de los hegemones de los dos bloques, y el influjo de la contención interna y externa, además de la mediatización de sus respectivos asociados, como de numerosos Estados locales, en su mayoría recientemente "independizados" e ilusionados en busca de la solidaridad necesaria para enfrentar mejor los flagelos comunes, se fue construyendo una intrincada red de organizaciones menores, de carácter regional, subregional, de grupos y bilateral, de colaboración, cooperación o tendiente a alguna forma de integración, y de índole militar, política o económica, frecuentemente imbricadas.

En gran medida, esta proliferación al amparo del Capítulo VIII, Acuerdos Regionales de la Carta de las Naciones Unidas, se ha debido a la incapacidad o insuficiencia de la Organización para cumplir eficazmente sus objetivos explícitos, sobre todo mientras era campo de batalla de la contienda ideológica de las potencias y sus principales seguidores.

Los organismos regionales de mayor sobrevida son los integrados por países desarrollados y los de carácter militar; no así la profusión de los de naturaleza principalmente económica entre los países subdesarrollados de cada continente, que han sido de vida efímera e infructuosa, muchos de ellos rápidamente sustituidos por otros igualmente ineficientes.

Entre los principales supervivientes de estos últimos, la Organización de Unidad Africana (OUA) y la Organización de Estados Americanos (OEA) son verdaderos fantasmas que demuestran claramente la diversidad de intereses de los miembros y su falta de disposición a actuar conjuntamente. En el caso del segundo tal vez esto sea positivo, dado que implica la resistencia de los países latinoamericanos ante los dictados estadounidenses.

Por otra parte, la insuficiencia de los mecanismos multilaterales existentes, así como la intención de eludir, o al menos atenuar, la influencia desfavorable de las potencias, son las principales razones por las que cada vez surgen más iniciativas de grupos de países, regionales o no, con la más frecuente partici-

⁵ Hernández-Vela S., Edmundo, "Las Naciones Unidas en la encrucijada: cambio o regresión", *Universidad de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, núm. 487, agosto de 1991, pp. 21-26.

pación de países en desarrollo, y ocasionalmente de algunos países avanzados menos comprometidos con aquellas que se pronuncian por la defensa de ciertas causas o intereses comunes, como el Grupo de los Seis para la Paz y el Desarme o el recientemente formado Grupo de los Dieciseis; o tratar de encontrar soluciones a un problema específico que les concierne o afecta, como el Grupo de Contadora, del que derivó el actual Grupo de Río.

Desafortunadamente estas instancias, en la medida que contraríen los intereses o afecten de alguna manera la imagen de una potencia, invariablemente caen pronto en la demagogia y el desuso.

En contraste, en el caso de los países desarrollados capitalistas, Estados Unidos ha sabido persuadir a sus principales asociados para que respalden sus políticas económicas, tanto internas como externas, particularmente a través del Grupo de los Diez y el Grupo de los Siete; de este último provienen las directrices básicas que aplican el FMI y el BIRF.

La sociedad internacional de nuestro tiempo o un mundo incierto

En las postrimerías del siglo XX y los albores del tercer milenio, nadie, sensatamente, puede sentirse satisfecho, confiado y seguro en la situación actual de la sociedad internacional, dadas las condiciones que en ella prevalecen.

Como si fuera un reflejo de las sociedades nacionales, la sociedad mundial se distingue por la desigualdad, el atraso, la injusticia y la falta de oportunidades, materializados en la pobreza y la exclusión, y todas las consecuencias que de éstas se derivan, padecidas por la mayoría de la población del planeta; y la riqueza y los enormes privilegios de que goza una minúscula porción de la humanidad, asentada principalmente en los países "avanzados" y en una cuantía ínfima en los subdesarrollados o "postergados".

Sin negar la grave responsabilidad en que ha incurrido y mantiene cada grupo respecto del otro, tanto por acción como por omisión, es obvio que esta situación se deriva del desarrollo histórico de relaciones sociales nacionales e internacionales incorrectas e inaceptables, al amparo de un orden nacional y mundial que no se ha sabido, querido y podido corregir y mejorar.

Las incontables, permanentes y generalizadas manifestaciones de humanitarismo, altruismo, solidaridad y benevolencia en la sociedad internacional son ahogadas por la desigualdad, la explotación, la injusticia, el uso de la fuerza.

El orden internacional cada vez es más complejo, por la multiplicidad de elementos que lo integran, pero su naturaleza sigue siendo simple: la del hombre y del dominio del hombre por el hombre. Tal vez por ello la sociedad internacional se caracteriza principalmente por sus atributos materiales, producidos por prodigiosos avances científicos y tecnológicos, y la mundialización de sus efectos y repercusiones, a los que el hombre no ha podido asimilar ni corresponder en términos humanísticos. Las comunicaciones han empequeñecido al mundo, pero los beneficios de la revolución industrial no se han repartido por igual.

El mundo de ahora ya no es el mismo de hace un lustro y mucho menos el de hace 50 años; sin embargo, ni su silenciosa lenta evolución, ni los estruendosos sucesos recientes que han conmovido a la opinión pública mundial, han logrado mellar ostensiblemente el ya viejo y obsoleto orden mundial de la segunda postguerra y su estructura de poder basada en las armas. Los formidables presupuestos militares y arsenales nucleares, junto con los de muchos otros tipos de armas de destrucción masiva, de Estados Unidos y Rusia, principalmente, así como los ominosos ensayos nucleares chinos y franceses, son una prueba fehaciente de ello; pero también lo son la incua división del mundo entre países ricos y pobres, su ensanchamiento creciente, y las desiguales relaciones que los caracterizan.

En la actualidad nada justifica la persistencia de un orden mundial caduco y una organización mundial obsoleta e inoperante, por lo que ambos tienen que ser remodelados por sus propios integrantes, para que respondan a los requerimientos actuales y futuros de la sociedad internacional.

Ciertamente la sociedad internacional requiere de una más vigorosa y eficiente⁶ organización mundial, pero que también sea más democrática y plural, en la que puedan realmente participar todos sus miembros por igual, compartiendo las responsabilidades

⁶ PMO, *Common responsibility in the 1990's. The Stockholm Initiative on Global security and governance*, Prime Minister Office, Stockholm, april 22, 1991, p. 12.

y los beneficios, para encaminarla firmemente, mediante la sinergia de los esfuerzos de todos los países, hacia la construcción de una sociedad más igualitaria, justa y avanzada, en la que no tengan cabida ni el poder y la hegemonía, ni la opulencia o la miseria.

La ONU no es ni un supergendarme, ni un gobierno mundial, sino primero y ante todo, una asociación de Estados,⁷ llamada a transformarse para estar en capacidad de desempeñar un papel primordial en el establecimiento y mantenimiento del orden mundial del siglo XXI, ya que sin una organización internacional de alcance universal no puede concebirse la existencia de un sistema mundial consistente, próspero, ordenado y equilibrado; a condición de que los propios países miembros así lo dispongan, ya que la Organización no puede ser ni hacer más que lo que estos quieran y estén dispuestos a hacer.

Si en la materialización de la ONU prevalecieron los intereses de las dos superpotencias, secundariamente los de los países adelantados, y muy poco se tomaron en cuenta los de los países en desarrollo, entonces todavía sometidos en gran número al colonialismo, ahora se trata de que la Organización represente los empeños de todos sus miembros al ser a la vez diseñadora, ejecutora y garante del nuevo sistema internacional, del cual todavía no tenemos indicios.

El nuevo orden mundial al que aspiran los individuos y las naciones debe forzosamente estar fincado en logros sustanciales, raudos y duraderos, en todos los ámbitos, sobre todo en los de mayor rezago, para dar sentido y objeto a la humanidad y la vida mismas.

Lamentablemente nada apunta por el momento en tal dirección, ya que ni las superpotencias ni los países ricos están dispuestos a despojarse espontáneamente de sus altas investiduras y privilegios, ni los dirigentes de los demás parecen percatarse siquiera y tomar conciencia de las necesidades, urgencia y posibilidades de cambio, prefiriendo persistir en la abierta elusión de sus responsabilidades al amparo de discursos conformistas y vanamente esperanzados, tal vez confiando en un milagro o en la resistencia y estoicismo largamente probados de sus pueblos.

Los pueblos del mundo, en su mayoría, no pueden conformarse con ser meros testigos de la historia, tienen que ser sus verdaderos protagonistas; pero para ello se requiere encauzar a nuestros gobiernos para que adopten una posición inteligente, digna y valiente, empezando por reconocer que las condiciones en las que viven sus naciones no sólo son deprimentes, sino que ya no pueden ni deben tolerarse ni sostenerse, y que es imprescindible corregir el rumbo para modificarlas.

Es cierto que el proceso evolutivo de la sociedad internacional lleva su propia inercia, pero también lo es que los desequilibrios mundiales no se van a resolver espontáneamente, y que el continuo deterioro de las condiciones que regulan las relaciones internacionales en todos sus aspectos y separan progresivamente a la minoría opulenta de la mayoría miserable, constituye un factor explosivo que no puede contenerse indefinidamente, y que es en beneficio de todos los Estados desarmarlo y revertirlo.

⁷ CE; "L'ONU a 50 ans. 'Nous, peuples des Nations Unies'", *UR Info*. Commission Européenne, Bruxelles, núm. 198, septembre de 1995, p. 1.